

ANTONI
SERRA

Miquel Bezares.

tes *Auschwitz graffiti*, *Rue André Gide* y *Le ménotaure* (que les comenté meses atrás en este mismo espacio dominical).

Les decía que Le Bihan es un viajero insaciable, conoce medio mundo o el mundo entero (a él no le da pánico volar, contrariamente de lo que me sucede a mí), ha vivido en Polonia y ha traducido al francés escritores polacos, como Ludwik Flaszen (*Le Chirographe*, 1990); conoció en Cracovia a Kazimierz Brandys, autor de aquella novela genial titulada *Rondó*, predicador activo del «silencio literario» y redactor de sus famosos *Miesiacc*; se estableció en Croacia, cuando todavía existía Yugoslavia, y allí leyó a Danilo Ki (el mismo de *Grobznica za Borisa Davidovica*, ¿recuerdan?; hay traducción catalana, si la desean leer) y conoció a su mujer, Sanja; también ha vivido en Madagascar...

No es de extrañar, pues, que este hombre —ensayista, narrador, imaginador de escrituras— ahora nos haya ofrecido un libro tan lúcido, a la vez que lúdico, tan incisivo e inquietante como *George Sand, Chopin et le crime de la chartreuse*. Una delicia. Con su —permítanme la expresión— mala leche de fondo. Hay un capítulo sublime, «George crie à l'assassin», que se inicia «Le turiste pénètre dans la cellule supposée de Chopin avec l'appréhension indélicte du visiteur, à l'hôpital, que l'on n'a pas mis dans le secret des médecins» y encontramos estas

sugestivas líneas: «Le pianiste présentait-il à Majorque les symptômes de la phtisie? Dans le récit de George Sand, la question n'est abordée que pour mettre en relief la sauvagerie des insulaires, Le livre nous renseigne, dans le plus grand désordre, sur toutes sortes de sujets, mais une douzaine de pages à peine concernent directement Chopin, qui n'y prend jamais la parole.»

Les diría, para finalizar, que Le Bihan ha conseguido una pequeña joya literaria con *George Sand, Chopin...*

Miquel Bezares

Tengo debilidad —¿para que negarlo, si ustedes lo saben?— por Miquel Bezares poeta y narrador, autor de obras de indudable calidad literaria como *Quan els avions cauen* (narrativa) y *El convers* (poesía). Bezares es un escritor que trabaja sin grandes parafernalias mediáticas, sin esas prisas que impone la locura del marketing y lejos de los modelos *lights* que impone el postmodernismo imparable, cuando más que imparable es impotente intelectualmente.

Unos dos años después de publicar su última (hasta ahora) obra poética, Miquel Bezares nos ofrece un nuevo libro que yo definiría, sin permiso de los academicistas esnobes (que el Diabolo no me acoja en su seno, en caso contrario), como el libro de las sugerencias y sugerencias. La obra se titula *Anvers* (Edicions del Salobre. Col·lecció La rosa encofrada. Port de Pollença, 2006) y es un ejercicio vivo, calmo, sensible: sensibilidad en el preciso (y riguroso) momento en que la carne se hace verso. El mismo autor nos confiesa, ya al final, en un brevísimo además de admirable «Epíleg», que «els darrers versos d'un tot que no ho és tot en el meu llibre present, que hauria de tenir, si el futur no m'és advers, encara paraules per escriure.» Y las tendrá, sin duda.

He aquí uno de sus versos —he elegido «Viena», pero pudiera ser cualquier otro, «Sedició», «Prediccions infal·libles» o «Un altre poema similar»:

«No sap la calç el dol, / si vida porta el record / a la mort. No és desert el carrer / on el delit dels amants dis / —corre; no és salobre la nit / si resta als llavis tan pura / demesia.»